



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Hunt, Stacey L.
Cultura ciudadana. Una nueva mirada al límite entre el estado y la sociedad
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 52, mayo, 2015, pp. 119-141
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50938990007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Cultura ciudadana. Una nueva mirada al límite entre el estado y la sociedad

Cultura ciudadana. Renegotiating the Boundary between State and Society

Cultura cidadã. Um novo olhar ao limite entre o estado e a sociedade

Stacey L. Hunt

Fecha de recepción: agosto 2014
Fecha de aceptación: febrero 2015

Resumen

En este artículo analizaré la persistencia del estado colombiano pese al crimen y la violencia generalizada. Varios teóricos contemporáneos sostienen que el estado debe subscribir la imagen de una entidad relativamente autónoma de la sociedad civil, capaz de monopolizar la violencia. Sin embargo, la 'cultura ciudadana', política innovadora para la reducción del crimen que se analiza aquí, se basa en la premisa de que el estado es incapaz de ofrecer seguridad a sus ciudadanos debido a la existencia de una cultura de violencia. La política motiva a los ciudadanos a asumir responsabilidad sobre su propia seguridad al adoptar una cultura ciudadana. Esto se hace inundando el espacio público de espectáculos educativos, símbolos y eslóganes que circunscriben el debate público e instruyen el comportamiento ciudadano. Arguyo que la cultura ciudadana funciona para legitimar al estado a pesar de la continua violencia, al transferir del estado hacia la sociedad civil la responsabilidad de la provisión de la seguridad con lo que altera además la demarcación entre estado y sociedad y redefine la esencia misma del estado moderno.

Descriptores: estado; violencia; seguridad; sociedad civil; cultura política; Colombia.

Abstract

In this paper I analyze the continued existence of the Colombian state despite widespread crime and violence. Contemporary theorists posit that the state must subscribe to the image of an entity that is relatively autonomous from civil society and able to monopolize violence. However, citizen culture (*cultura ciudadana*), the innovative crime reduction policy I study here, is based on the premise that the state is unable to provide security for its inhabitants given the existence of a culture of violence. The policy encourages citizens to assume responsibility for their own security provision by adopting a culture of citizenship. I argue that citizen culture functions to legitimize the state despite ongoing violence by transferring responsibility for security provision from the state to civil society. It does so by inundating public space with educational spectacles, symbols, and slogans that circumscribe public debate and instruct citizen's behavior. Citizen culture uses educational and symbolic programming to shift responsibility for security provision from the state to society, thereby altering the boundary between state and society and redefining the very essence of the modern state.

Keywords: state; violence; security; civil society; political culture; Colombia.

Stacey L. Hunt. Ph. D. Profesora, Auburn University, Estados Unidos. ✉ staceyhunt@auburn.edu

Resume

Neste artigo analisarei a persistência do estado colombiano apesar do crime e da violência generalizada. Vários teóricos contemporâneos sustentam que o estado deve pactuar a imagem de uma entidade relativamente autônoma da sociedade civil, capaz de monopolizar a violência. Entretanto, a “cultura cidadã”, política inovadora para a redução do crime que se analisa aqui, baseia-se na premissa de que o estado é incapaz de oferecer segurança a seus cidadãos devido à existência de uma cultura de violência. A política incentiva os cidadãos a assumir responsabilidade sobre sua própria segurança ao adotar uma cultura cidadã. Isso se faz, inundando o espaço público de espetáculos educativos, símbolos e slogans que delimitam o debate público e instruem o comportamento cidadão. Argumento que a cultura cidadã funciona para legitimar o estado apesar da contínua violência, ao transferir do estado a sociedade civil a responsabilidade da provisão de segurança com o que altera ainda a demarcação entre estado e sociedade, e redefine a essência mesma do estado moderno.

Descritores: estado; violência; segurança; sociedade civil; cultura política; Colômbia.

Introducción: Cultura ciudadana

En su relevante obra *Bringing the State Back In*, Theda Skocpol (1985, 28) afirma que estudios recientes han traído “al estado de vuelta a su lugar central” como un actor en el desarrollo económico, de las reformas políticas, programas sociales, formación de clases, relaciones étnicas, derechos de las mujeres, protesta social y similares. Sin embargo, pocos estudios exploran la evolución del rol del estado en cuanto a la provisión de la seguridad. Teorías estatales contemporáneas tienden a conceptualizar la creación del estado ya sea como un éxito o un fracaso a partir casi exclusivamente de la definición de Max Weber del estado como dotado de dos capacidades fundamentales: un monopolio sobre la violencia y el control sobre su territorio soberano. Para Weber, “el estado es una comunidad humana que reclama (de manera exitosa) *el monopolio del uso legítimo de la fuerza física* dentro de un territorio determinado” (1958, 82; cursivas en el original). El modelo del estado weberiano forma la base para el ‘mito del estado’ como ‘relativamente autónomo’ de la sociedad civil, que conserva un monopolio absoluto sobre la violencia dentro de su territorio soberano (Hansen and Stepputat 2001; Mitchell 1991; Agnew 1999). Si nos enfocamos en la Europa occidental del siglo XVII y XVIII, varios académicos han asegurado que el triunfo del estado-nación sobre otras formas de gobernanza se debió a su habilidad superior para librar guerras y gravar a las poblaciones locales (Tilly 1992; Levi 1988). Si bien hay poco consenso en cuanto a lo que el concepto de estado se refiere exactamente, estudios contemporáneos siguen distinguiendo al estado de la sociedad; de tal manera que el primero posee la capacidad única de entrar en guerra y reclamar de manera legítima la coerción dentro de un territorio soberano (Mitchell 1991).

En Colombia, la incapacidad del gobierno para mantener un monopolio sobre el uso de la violencia, para regir sobre las deshonestas “repúblicas independientes” o establecer el gobierno de la ley a lo largo de su territorio soberano, llevó a una mayoría de académicos a concluir que el estado colombiano era un estado fallido, varios se han referido a él como “parcialmente colapsado”, “desintegrado”, “precario”, al “borde de la anarquía” o incluso inexistente (Kline 1999; Oquist 1978; Pécaut 2001; González et al. 2003; Santos y Villegas 2001; Montenegro y Posada 2001). Cuando en 2005 el Fondo Global para la Paz publicó su primer “Índice de Estado Fallido” (hoy “Índice de Estado ‘Frágil’”), Colombia ocupaba el puesto número 14 dentro de los estados mayormente fallidos del mundo, con una completa falta de legitimidad (9,8 en una escala de 10 puntos donde 10 equivale a total fracaso) y 95 sobre 120 puntos de fracaso (Fondo Global para la Paz 2005). Los académicos se esforzaron por explicar la coexistencia de una democracia electoral y una relativa estabilidad económica con estas instituciones de un estado fallido (Cepeda Ulloa 2003; Rodríguez et al. 2003).

En realidad, pocos estados monopolizan la violencia. Cuando se mantiene este mito ahistórico, el ‘fracaso’ de los estados es la regla más que la excepción, pues como sostienen Hansen y Stepputat: “Los verdaderos estados son desviaciones del ideal o versiones corruptas del ideal” (2001, 14). No obstante, la mayoría de estudiosos sostienen que los estados modernos deben por lo menos aspirar al “mito del estado” y mantener el espejismo de una entidad soberana que tiene el monopolio sobre la coerción, a pesar de las prácticas reales para así mantener su legitimidad (Hansen y Stepputat, 2001). Por ejemplo, Joel Migdal, define a los estados como “un campo de poder marcado por el uso y la amenaza de la violencia y formado por 1) *la imagen de una organización coherente, controladora que constituye una representación de la gente vinculada a ese territorio* y 2) *las prácticas reales de sus múltiples partes*” (2001, 15-16; énfasis en el original).

Por consiguiente, los estados deben por lo menos intentar proyectar la imagen de querer monopolizar la violencia, aunque en realidad no lo hagan. La construcción del estado como un efecto estructural aparentemente separado y diferente del mundo social a través de la organización militar y de la partición del espacio es algo esencial en esta tarea (Mitchell 1991, 95). Ciertamente, la esencia de la política moderna es la reproducción de esta línea de diferenciación entre el estado y la sociedad (Mitchell 1991, 95).

Este estudio analiza la manera en la cual la reproducción de este límite entre estado y sociedad sirve para mantener el orden político y social en los llamados estados ‘fallidos’. En este artículo analizo la cultura ciudadana, una nueva política de seguridad introducida en Bogotá en 1995. La cultura ciudadana partió de la premisa de que el crimen y la violencia son culturales y no fenómenos políticos. Como tal, solo una transformación cultural podría reducir la violencia en la ciudad. El estado, por tanto, abandonó su habilidad de proporcionar seguridad a la luz de una cultura

de violencia y por el contrario, invirtió en programaciones educativas masivas que buscan engendrar una transformación cultural para pasar de una cultura de violencia a una de paz. La cultura ciudadana es ejemplar respecto a su éxito rotundo para re-legitimar al estado, a pesar de la continuación de la violencia una vez que éste ya no reclamara el monopolio sobre la violencia. Esta política es tan popular que, a una década de su implementación, el programa fue exportado, en primer lugar a otras ciudades de Colombia y después alrededor del mundo, como un modelo de política para la reducción de crímenes urbanos. En este artículo arguyo que la cultura ciudadana tiene éxito, no por su efecto sobre los crímenes violentos, sino porque relegitimó al estado a pesar de la continua violencia, al transferir la responsabilidad de la reducción de la violencia del estado hacia los ciudadanos. Al hacerlo, volvió a demarcar la línea divisoria entre el estado y la sociedad al redefinir los límites del estado como un efecto estructural capaz de monopolizar la violencia; de ahí que desafíe fundamentalmente los modelos de estado existentes que sostienen que estos deben, al menos, aspirar al mito del sublime estado weberiano.

El origen de la 'cultura ciudadana'

122

En esta sección exploro el fundamento de la cultura ciudadana en teorías de capital social y cultura cívica que suponen que la violencia es un fenómeno cultural. Al renunciar a su capacidad de ofrecer seguridad a la luz de una cultura de violencia, esta política transfiere esta responsabilidad del estado a la sociedad y restablece el control social y político al renegociar el límite entre estado y sociedad (Migdal 2001). El estado, liberado de la carga de tener que monopolizar la violencia, se dedica a apoyar a la sociedad en una transformación cultural. Por otro lado, la cultura ciudadana, que no está dispuesta a esperar una transformación cultural gracias al 'vuelco' generacional (las personas mayores van muriendo), postuló que la educación también podría generar una transformación cultural. El estado, por tanto, asumió un rol pedagógico más que uno de seguridad, para instigar la transformación cultural, de una cultura de violencia a una cultura de paz ciudadana. La imagen de líderes políticos como pedagogos y maestros fue esencial en este proceso de transformación de la ciudad en una gran aula de clases de cívica.

Aunque Colombia se ha visto envuelta en una guerra civil por más de medio siglo, la mayor parte del conflicto y de la violencia ha tenido lugar en el campo. A pesar de que centros urbanos importantes tales como Cali y Medellín se vieron lentamente inmersos en la violencia a mediados de los años ochenta, Bogotá continuó siendo uno de los lugares más seguros del país, y escapó, relativamente ileso, al derramamiento de sangre que ocurría en el resto del país. No obstante, hacia finales de los años ochenta la violencia tocaba a la puerta del estado. Grupos de narcotraficantes ejecutaron aten-

tados y dieron paso a una campaña de terror en la capital para obligar al gobierno a abstenerse de extraditar a aquellos narcotraficantes buscados por los Estados Unidos para que ahí fueran juzgados y encarcelados. La inyección de dinero proveniente de las drogas permitió a las guerrillas insurgentes y a los escuadrones paramilitares expandir sus redes criminales rápidamente, de manera que convirtieron a Bogotá en un campo de batalla. El índice oficial de homicidios ascendió a 80 por cada cien mil habitantes en 1993, con lo que sobrepasó por primera vez el promedio nacional. Si bien la violencia en Bogotá era anémica en comparación con lo que ocurría en asentamientos rurales u otros centros metropolitanos, era la primera vez que dicha violencia afectaba de manera tan directa a la élite política. La seguridad se volvió el primer tema de preocupación en la ciudad capital.

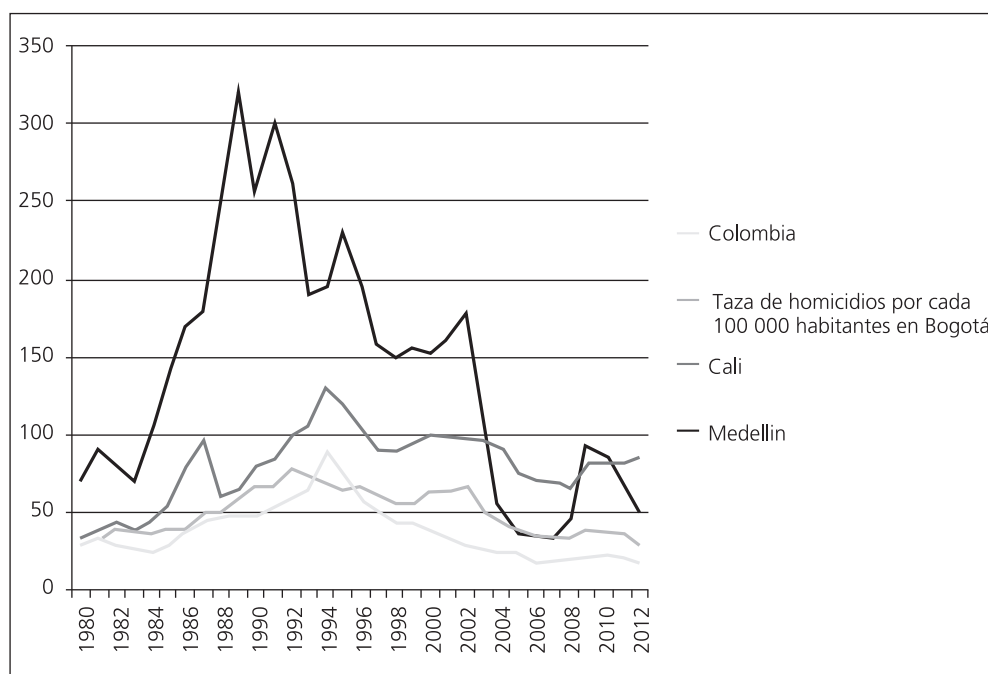


Gráfico 1. Tasa de homicidios en Colombia y varias ciudades del país, por cada 100 000 habitantes, 1980-2012.

Antanas Mockus popularizó la ‘cultura ciudadana’ durante su campaña a la alcaldía de Bogotá en 1993-1994. Electo gracias a su plataforma de seguridad innovadora, Mockus asumió el cargo en 1995, y propuso reducir la violencia e incrementar la seguridad personal al inculcar una ‘cultura de ciudadanía’ en sus habitantes. Definió a la cultura ciudadana como “la combinación de costumbres, acciones y reglas mínimamente compartidas que generan un sentimiento de pertenencia, facilitan la coexistencia urbana, generan respeto hacia patrimonios comunes e inculcan el reconocimiento de

los derechos y obligaciones de los ciudadanos”¹. Según Mockus, la violencia deriva de un proceso de deterioro cultural gracias al cual la resolución violenta del conflicto se normaliza: “El uso sistemático de la violencia fuera de las reglas que definen el monopolio del estado del uso legítimo de la misma, así como la corrupción, se incrementan y se consolidan precisamente porque son comportamientos culturalmente aceptados en ciertos contextos” (Alcaldía Mayor de Bogotá 2003, 20). Sostenía que la violencia y la corrupción son manifestaciones culturales de una disociación entre los tres sistemas que regulan el comportamiento humano: la ley, la moral y la cultura. Según Mockus, “ciertos comportamientos claramente ilegales y con frecuencia moralmente censurados, se han vuelto tolerables” (2001, 3). La lucha contra el crimen requería un cambio de cultura política para “recuperar la armonía” entre la ley, la moral y la cultura. Los ciudadanos debían aprender a resolver los conflictos que surgen naturalmente de las diferencias personales a través de mecanismos pacíficos, tolerancia y autoregulación (Alcaldía Mayor de Bogotá 2006b, 2003). Esta visión despolitizó la violencia urbana, la cual, según los expertos, se derivaba mayormente de redes criminales asociadas a paramilitares, guerrillas y/o a carteles de drogas (Llorente et al. 2001).

La cultura ciudadana renuncia también a la capacidad que tiene el estado de proveer seguridad a sus habitantes, dada la existencia de una cultura de violencia. La política parte de la comprensión de que “la capacidad del estado para garantizar la paz y la seguridad es limitada. Estas [paz y seguridad] son posibles únicamente a través de la colaboración de los ciudadanos que aprendieron a hacerse responsables de su propia seguridad y la de otros, a través de la precaución, evitando factores de riesgo y colaborando con otros ciudadanos y con las autoridades para prevenir el crimen” (Presidencia de la República 2006, 1). El estado, por tanto, redefinió la seguridad como un problema social que puede ser mejor manejado por la sociedad civil, ya sea de manera individual o colectiva, pero sin la ayuda del estado:

Partimos de la convicción de que la seguridad no es un problema de la policía, es más, no solo es un problema del estado. El aprender a resolver los conflictos pacíficamente, siendo responsables de nuestra seguridad personal y nuestra propia vida y la de otros evitando comportamientos que ponen la vida en peligro, el colaborar con otros ciudadanos o con las autoridades para detener actividades criminales o terroristas, son tareas que les corresponden a los ciudadanos y que tienen un gran impacto cuando se trata de proteger la vida. (Presidencia de la República 2006, 15)

La ciudad por lo tanto motivó a los ciudadanos a renunciar a su ‘cultura de violencia’ y a asumir responsabilidad por la provisión de su propia seguridad, transfiriendo así una de las características centrales del sublime estado weberiano desde el estado hacia la sociedad y renegociando la frontera y la relación entre ambos.

1 Decreto 295/1995, *Registro Distrital* 978 del 1ro. de julio, por el cual se adopta el Plan de Desarrollo Económico Social y de Obras Públicas para Santa Fe de Bogotá, D.C., 1995-1998 - Formar Ciudad.

El estado reforzó su legitimidad a pesar de abdicar a una de sus responsabilidades primarias al lanzar una campaña educativa masiva para alentar a los ciudadanos a adoptar su nueva responsabilidad y su nueva relación con el estado. La cultura ciudadana es un programa pedagógico explícito.

Se emplearon varias estrategias para enseñar a los ciudadanos a asumir su responsabilidad en cuanto a la provisión de su propia seguridad “dentro de lo cual se destaca la educación ciudadana” (Londoño 2004, 3). Mockus y su equipo de expertos se basaron en teorías de capital social y cultura cívica para la creación de su política, citaron extensamente el trabajo de Robert Putnam (1993, 2000), James Coleman (1990) y Francis Fukuyama (1995), así como a profesionales y políticos como Leoluca Orlando, alcalde de Palermo, Italia, quien intentó reducir el crimen y destruir las mafias locales al ‘renovar’ la cultura local (Corzo 2003). Con esto, Mockus buscaba activamente distinguir a la cultura ciudadana de otros enfoques municipales para la reducción del crimen, como por ejemplo la política de cero tolerancia de Rudolph Giuliani, que dependió de manera importante de un control policial represivo. Se basó más bien en teorías de cultura política y aprendizaje social y puso énfasis en la pedagogía para modificar la cultura de violencia existente. Imaginó la posibilidad de ilustrar la racionalidad de las reglas y llamar a su cumplimiento gracias a que las personas ‘creían’ en ellas y su mayor racionalidad y no porque estuvieran obligadas a cumplirlas. Incluso los crímenes contra la humanidad podían ser manejados a través del ‘aprendizaje social’ si simplemente se lograba enseñar a las personas a ser más respetuosas con los derechos humanos (Herrera et al. 2005). Por medio de la educación, el estado buscaba producir “la formación de un nuevo tipo de ciudadano que actúe dentro de la democracia participativa consagrada en la constitución de 1991, lo que contribuiría a la resolución de problemas de violencia en un tejido social débil” (Sáenz 2004, 13).

La imagen de Mockus como pedagogo fue esencial para esta tarea. Como Lisa Wedeen (1999, 39) argumentó en su estudio sobre el régimen del presidente sirio Assad, su poder se derivaba, en parte, de sus imágenes como académico, débil físicamente pero fuerte a nivel intelectual. Así como para Assad, el poder de Mockus radicaba en su imagen de intelectual, que ‘revolucionó’ la ciudad. A Mockus se lo identifica como un filósofo y matemático y como antiguo rector de la Universidad Nacional, era ampliamente reconocido como una figura intelectual pública. Como profesor, Mockus había llevado a cabo y publicado investigaciones mediante encuestas sobre las fuentes de anomia en estudiantes de secundaria. Finalmente, fue él quien recomendó la creación de “manuales de coexistencia democrática” en todos los colegios para promover el respeto hacia las diferencias, así como la resolución pacífica de conflictos entre los adolescentes² (Herrera et al. 2005, 107-8). Esta investigación

2 Decreto 1860/1994, *Diario Oficial* 41480, de 3 de agosto, por el cual se reglamenta parcialmente la Ley 115 de 1994 en los aspectos pedagógicos y organizativos generales.

constituyó la base de la política de seguridad de Mockus. Él teorizó un marco pedagógico completo a partir de cinco distintas formas de comunicación que serían utilizadas al enseñar la cultura ciudadana, que incluían demostraciones de autoridad estatal que validarían normas legales, distribución de información sobre el contenido de la ley, ‘expresiones de racionalidad pública’, aprendizaje-enseñanza ‘dialéctica’ y comunicación simbólica, que incluía elementos de estética y acción dramática (Sáenz 2004, 26-7). Cada una de estas formas de comunicación buscaba convencer al “estudiante ciudadano para que desarrolle conocimientos, actitudes y comportamientos que el discurso estatal considerará conducen a la promoción de intereses públicos” y engendrar conformidad voluntaria con la ley (26-27). El estado también propuso el uso de comunicación indirecta en espacios que son “educativos en sí, debido a cierta disposición estratégica de espacio, tiempo, entidades y ambiente físico” (27), con lo que se amplió los esfuerzos de administraciones anteriores por hacer que la ciudad sea un lugar para aprender.

126



Imagen 1. Aprendizaje en la ciudad.

Espectáculos y símbolos

En esta sección exploro la manera en la cual los espectáculos y los símbolos de la cultura ciudadana inundaron el espacio público, con lo que orientaron el discurso público y eliminaron el debate. En su estudio sobre la presidencia de Hafiz al-Assad, Lisa Wedeen (1999) arguye que los símbolos y espectáculos constituyeron, en parte, el poder de Assad al estructurar imágenes y un vocabulario disponible para describir y cumplir con el régimen. Los espectáculos promulgaban su poder, de modo que mientras más extravagante era un espectáculo, más poderoso se volvía Assad. Según Foucault, los espectáculos ayudaron a pasar de sociedades carcelarias a aquellas en las cuales el espectáculo se vuelve efectivo en el disciplinamiento y la reglamentación de los cuerpos, sirvió para instalar el poder político y articular visual y auditivamente conceptos políticos que de otra manera resultarían abstractos. Assad construyó su poder abarrotando el espacio público con espectáculos simbólicos: haciendo carteles de sí mismo, declaraciones de lealtad, reapropiándose de las imágenes sagradas, juramentos de lealtad, contratos de sangre y usó metáforas familiares suficientemente omnipresentes y flexibles para acomodarse a cualquier circunstancia. Estos espectáculos y eslóganes ofrecían la gramática prescriptiva que especificaba la forma políticamente correcta de conducta pública. A pesar de que la ideología del régimen no era hegemónica en términos gramscianos, sí dominaba el espacio público al ofrecer fórmulas para discursos y conductas públicos aceptables, al organizar la vida en torno a la importancia de realizar actividades relativas al régimen, al silenciar la disidencia, al fracturar la oposición y construir vínculos de identidad nacional.

Mockus empleaba tácticas simbólicas y discursivas similares para cambiar la cultura ciudadana. Uno de las estrategias más memorables fue el colocar mimos en las calles para lograr que los peatones crucen por los pasos cebra, esperen el cambio del semáforo y utilicen las paradas de buses designadas. De julio hasta septiembre de 1995, 425 mimos y policías llevaron a cabo campañas educativas en 482 intersecciones de la ciudad, lo que constituyó el esfuerzo más grande del momento para la reducción del crimen en la ciudad, por el despliegue de personal. Los mimos continuaron siendo re-presentados en fotografías, postales, nuevas historias y en diferentes propagandas gubernamentales y los esfuerzos para mejorar la seguridad a través de la regulación del tránsito peatonal perduran hasta el día de hoy. Los residentes de lugares tan lejanos como Pereira, una ciudad a ocho horas de distancia, todavía identifican a la ‘cultura ciudadana’ con mimos, una década después de que Mockus lanzara la iniciativa en Bogotá (entrevista a Corpo Visionarios, julio 2007).

Los mimos empleaban otros gestos simbólicos para enseñar a los ciudadanos a cumplir con las leyes de tránsito. Entregaban ‘tarjetas de ciudadanía’ que permitían a los ciudadanos mostrar su aprobación o desaprobación sobre los comportamientos de otros al sacarles ‘tarjetas rojas’, por ejemplo. Otros símbolos incluían el uso de

imágenes de ‘pulgares hacia arriba’ y de símbolos de manos con la señal de ‘ok’. Estos símbolos debían representar a una ‘Bogotá legal’ y una ‘Bogotá productiva’, a pesar de que la mayoría de gente simplemente apreciaba sus connotaciones positivas. Incluso las luces navideñas de diciembre de 2002 que colgaban sobre la plaza Bolívar simbolizaban una gran mano mostrando el signo de ‘ok’, mientras que otra mano similar se podía apreciar sobre Bogotá, descendiendo desde lo alto de Monserrate, la montaña que delimita la parte oriental de la ciudad.



Imagen 2. Gestos de manos.
Fuente: Londoño 2004, 16.

También se utilizaron banderas y pancartas como símbolos para señalar sitios de potenciales ataques terroristas, donde se almacenaban elementos peligrosos o donde se encontraba infraestructura esencial tal como instalaciones de agua, plantas eléctricas o instituciones educativas (Sáenz 2004, 45). Como lo anota Wedeen (1999) estos símbolos eran lo suficientemente flexibles para abarcar distintos significados y ser utilizados por distintos grupos de personas.

La programación de la cultura ciudadana también incluía eventos y espectáculos simbólicos (Sáenz 2004, 65). En el año 2001 la céntrica Avenida Séptima se cerró al tráfico vehicular y hombres y mujeres fueron invitados a ocupar el espacio público, a hacer sus compras y a disfrutar de presentaciones durante las Noches de Mujeres, diseñadas para resaltar la capacidad de las mujeres para proteger la vida y engendrar la paz (Sáenz 2004, 65-67)³. La administración de la ciudad firmó ‘acuerdos de vida’ con civiles, quienes afirmaron su compromiso con la no violencia y su repudio hacia las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia). Hubo ‘vacunas contra la violencia’, que apuntaban a víctimas de violencia (mayormente doméstica), ofrecien-

³ Para esos eventos, 700 000 mujeres salieron a las calles, es decir, 23% del total de la población femenina y 14% de la población masculina, en total, 420 000 hombres, por tanto el evento no fue exclusivo para mujeres.

do ‘vacunar’ a la víctima para no convertirse en victimaria y así evitar perpetuar el ciclo de la violencia. Las personas podían expresar su ira, tristeza y frustración frente a la violencia sufrida durante su infancia, al participar en un ritual corto, acompañadas por un psicólogo o psiquiatra, en el cual recordaban la violencia perpetrada y expresaban su sufrimiento al descargar su ira, física o verbalmente en un muñeco en el cual se dibujaban las características físicas del agresor. En dos días llegaron 45 000 personas para ser ‘vacunadas’, formaron largas filas de espera para obtener un turno al final del día (Mockus 2001, 22-23). Se llevaron a cabo talleres sobre resolución pacífica de conflictos que enseñaron a los participantes el uso del diálogo para resolver problemas interpersonales. Se conformaron nueve mesas en distintos puntos de la ciudad, donde las partes en disputa podían discutir sus diferencias y llegar a acuerdos verbales voluntarios.

La programación cultural se esforzó por mejorar la capacidad ciudadana para resolver los conflictos de manera pacífica, al optimizar la comunicación entre los ciudadanos a través del arte, los eventos culturales, la recreación y el deporte (Mockus 2001, 7). Las principales avenidas de la ciudad se cerraban cada domingo para permitir el disfrute recreativo y atlético de los ciudadanos a través del deporte y la música. Semanalmente, festivales de teatro tenían lugar en parques públicos. Eventos masivos tales como Rock al Parque y El Festival de Verano atrajeron a millones de asistentes. La ciudad creó dos nuevos canales de televisión, Canal Capital y Convivencia Capital y el programa de radio semanal Por las buenas, con fines educativos. Se publicaron y distribuyeron panfletos de ‘herramientas’ para la resolución pacífica de conflictos y también el periódico mensual gratuito *De Ciudad* (Mockus 2001, 23).

Mockus también lanzó cientos de campañas para promover la idea de ciudadanía. A pesar de que muchas de estas campañas no eran más que eslóganes impresos y distribuidos a lo largo y ancho de la ciudad, muchos obtuvieron gran apoyo y reconocimiento. Varias campañas buscaban incentivar una “cultura de pago de impuestos”, reducir la evasión de impuestos e incluso hacer un llamado a los ciudadanos para pagar de manera voluntaria un 10% adicional en el pago de sus impuestos (Londoño 2004). Entre 2002 y 2003, 109 246 pagadores de impuestos contribuyeron con más de 2000 millones de pesos para la campaña 110% con Bogotá (Sáenz 2004, 63). Varias iniciativas buscaban alentar el sentimiento de pertenencia a la ciudad, haciendo que Bogotá representara el equivalente a un hogar: “mi casa está en Bogotá y a la vez, Bogotá es mi casa”. Otros programas apuntaban a fortalecer hábitos democráticos a partir de la generación de una administración pública transparente y eficiente e incrementando la confianza en las instituciones del estado. Por ejemplo, “acatar, apreciar las normas y admirar lo bueno” que

[...] consistía en una difusión masiva de la ley y promovía el cumplimiento voluntario de la misma al demostrar su fundamento democrático y los beneficios que se podían

obtener al registrarse por la ley. Enfatizó leyes concernientes a la seguridad, la coexistencia, al tránsito, al pago de impuestos, al medio ambiente, a los derechos humanos y a los servicios públicos. El objetivo era a) incrementar el número de personas que cumplan con las normas básicas de coexistencia y b) incrementar el número de personas que no justifiquen el transgredir la ley. (Londoño 2004, 9)

Eslóganes tales como “Bogotá nos estamos acostumbrando. ¿Qué nos está pasando?” y “Objetivos de Paz” denunciaban la cultura de violencia y promovían la resolución pacífica de conflictos. El eslogan “vida sagrada” buscaba inculcar respeto hacia la vida e incluso fue grabada en el arco de granito macizo del cementerio público sobre la autopista que conduce al Aeropuerto El Dorado⁴ (Alcaldía 2003, 39). Estos eslóganes y dichos formaban una retórica dentro de la ciudad de unas 50 a 60 frases. Este ‘discurso empobrecido’ se estableció para orientar los comentarios, silenciar a la disidencia y distraer al pueblo (Wedeen 1999, 48-49).

Las campañas de seguridad de la cultura ciudadana entre 1995-1997 costaron cerca de 130 millones de dólares, lo que representa el 3,7% del presupuesto total de Bogotá (Mockus 2001, 7). En lugar de tener una sola agencia centralizada responsable de la seguridad y de la cultura ciudadana, las iniciativas de cultura ciudadana fueron incorporadas en cada una de las agencias estatales, lo cual hizo que su eliminación o remoción fuera mucho más difícil de lo que hubiera sido si los esfuerzos se hubieran consolidado en una sola institución. Los fondos fueron entregados al Instituto de Cultura, a la Secretaría de Tránsito y Transporte, a la Unidad Ejecutiva de Servicio Público, al canal regional de televisión, a la Oficina del Defensor del Espacio Público, a la Secretaría de Gobierno, a la Secretaría de Salud, al Departamento de Bienestar Social, al Instituto para la Custodia y Protección de la Infancia del Distrito, al Instituto Colombiano de Derecho Tributario, a la Personería del Distrito, al acueducto entre varias otras entidades. Estos fondos fueron gastados en programación educativa, cuyas actividades incluían desde la prevención de accidentes, hasta la promoción del cumplimiento voluntario de las normas de tránsito, que distribuía información educativa con respecto a la cultura, al atletismo y a la salud, generaba respeto hacia el espacio público, enseñaba una comunicación que favoreciera la coexistencia, incentivaba a los ciudadanos a pagar primas de seguros de salud, educaba al público sobre los perjuicios del consumo de drogas, fomentaba el desarrollo democrático y los derechos humanos, educaba a grupos marginalizados, repartiendo información sobre viviendas ilegales; enseñaba gestión comunitaria y otros (Sáenz 2004). La integración dentro de cada departamento y la iniciativa en la ciudad capital serán uno de los sellos distintivos del éxito del programa y un factor clave para hacer perdurable su legado.

⁴ En el grabado original se leía: “La vida es sagrada, no asesine, especialmente a niños”. Surgió mucho debate público en torno a la calificación “no niños” y esta porción fue eventualmente removida.



Imagen 3. Tránsito peatonal.

A pesar de que muchas personas únicamente asocian la cultura ciudadana a las dos administraciones de Mockus (1995-1997; 2001-2003), esta ha sido institucionalizada de manera profunda, de tal manera que administraciones subsiguientes han desplegado una continuidad sorprendente de esfuerzos para mejorar la seguridad a través de iniciativas culturales. La cultura ciudadana hoy en día está incorporada en prácticamente todos los programas de la ciudad, incluyendo la programación cultural, las iniciativas de transporte, los esfuerzos de renovación urbana y el mantenimiento del espacio público, así como en la seguridad y la justicia. Actualmente, todavía hay ciertas campañas educativas que pretenden lograr que los ciudadanos obedezcan las reglas de tránsito en las calles. Adicionalmente, se han llevado a cabo esfuerzos para usar la educación a fin de cambiar la cultura política y de reducir la violencia, esto ha sido incorporado a una gran variedad de programas para la ciudad, que van mucho más allá de los icónicos mimos que jugaron un papel importante en los inicios de esta política. Se creó una Secretaría de Coexistencia Ciudadana con el fin de formular y supervisar los esfuerzos de crear una cultura de ciudadanía. Hay clases formales de ciudadanía que educan a amplios sectores del público en cuanto a la constitución, a propuestas legislativas y a mecanismos de participación, estas guías ciudadanas inundan el espacio público e imparten la cultura ciudadana a través del ejemplo. Se espera que la remoción de vendedores informales en las calles y proyectos masivos de desarrollo, como el nuevo sistema de tránsito masivo público-privado, reduzcan la informalidad, el caos y la pobreza que llevaron a la violencia y que sean reemplazados con un estricto control estatal y de mercado. Las iniciativas de lectura buscan cambiar la cultura política a través de la literatura, los centros de justicia y de coexistencia ofrecen asistencia para resolver disputas por medio de la resolución pacífica de conflictos sin tener que pasar por el sistema de justicia tradicional. Anualmente se lleva a cabo una encuesta por parte de Bogotá Cómo Vamos, que registra los cambios en las

percepciones de los ciudadanos con respecto a la seguridad y a la calidad de vida en la ciudad. A pesar de que estos programas no siempre se consideran como parte de la cultura ciudadana por parte de los residentes, hoy en día constituyen componentes centrales de esta política.

Evaluación y réplica de un modelo internacional

En esta sección analizo la construcción de la cultura ciudadana como una política exitosa y su réplica a nivel nacional e internacional. Por restricciones de espacio no analizo la manera en la que los ciudadanos se reapropian o incorporan el mensaje de la cultura ciudadana en sus propias vidas. En lugar de esto, analizo cómo prácticas de cálculo tienden al abarrotamiento del espacio público descrito anteriormente, al traducir procesos diversos y complejos en un simple número y una simple historia. La objetividad y la neutralidad ampliamente concedidas a los números, los coloca aparte de los intereses políticos y más allá del debate (Miller 2001, 382). Las prácticas contables crean una manera particular de comprender, representar y actuar frente a eventos y procesos y su repetición y ubiquidad solamente sirven para silenciar a los disidentes, encaminar el discurso público y dar forma a la política internacional.

Bogotá ha visto una importante reducción de crímenes violentos durante la última década, publicaciones auspiciadas por el estado le atribuyen directamente este descenso a la cultura ciudadana (Acero 2002, 2005; Alcaldía 2000, 2003, 2006a; Martin y Ceballos 2004; Sáenz 2004). El propio Mockus afirmó que:

[...] los resultados más destacados de este enfoque [en la cultura ciudadana] fueron los siguientes: una reducción de la tasa anual de homicidios (de 72 a 51 muertes por cada 100 000 habitantes); dos tercios menos de niños lastimados por pirotecnia durante la temporada navideña; una reducción del 20% en la tasa anual de homicidios por accidentes de tránsito (de 25 a 20 por cada 100 000 habitantes); respeto a los pasos cebra por parte de peatones y conductores; el uso del cinturón de seguridad por más de dos tercios de los conductores. (Mockus 2001, 9)

Del mismo modo, Gutiérrez (2003) afirma que “el éxito de la cultura ciudadana es inmenso, tanto en los hechos como en la percepción”. Destaca, “un cambio obvio y justificable en el clima de la ciudad [...] una drástica reducción de la tasa de homicidios” y una “creciente percepción de que la ciudad es segura,” esto complementado por un “incremento del respeto a las normas básicas de tránsito y una reducción de actividades riesgosas” (citado en Bogotá Cómo Vamos 2007, 18). Varios periodistas y comentaristas destacados estuvieron de acuerdo en lo siguiente:

Con su excéntrica campaña, en la que mimos enseñaban [a los residentes] a usar los pasos cebra, con policías recortados en cartón o ciudadanos sacando una “tarjeta roja” a quienes cometían actos poco cívicos, Mockus logró dar la vuelta a indicadores clave tales como muertes y accidentes de tránsito, los que pasaron de 24 a 7 por cada 100 000 residentes durante sus dos mandatos y la tasa de homicidio cayó en un promedio anual de 55 a 25 por cada 1000 000 habitantes. Todo esto sin incrementar el tamaño de la fuerza policial. (Malaver 2012)

Los residentes de la capital siguieron en gran parte el guión del estado y reportaron públicamente que la cultura ciudadana sí logró hacer de la ciudad un mejor lugar para vivir en el cambio de siglo. En la encuesta anual de Bogotá Cómo Vamos, los ciudadanos reportan mayores niveles de aprobación para la cultura ciudadana que para cualquier otra iniciativa política en las últimas dos décadas. La cultura ciudadana construyó exitosamente y extendió la creencia existente de que la mejor manera de evitar ser víctima de un crimen era protegerse a uno mismo al no incitar al otro (“no dar papaya”) y al no adoptar comportamientos riesgosos. ‘Cultura ciudadana’ es una frase que se popularizó en todo el país y la mayoría de bogotanos cree que la cultura ciudadana necesita reforzarse. Consideran que las ganancias obtenidas durante el gobierno de Mockus se han perdido y quieren recuperarlas. “¿Cómo pudimos perder en tan solo una década todo lo obtenido con Mockus?” se preguntó un reportero (Malaver 2012). Ciertamente, experimentos recientes en 2014 que permitían que los bares permanezcan abiertos hasta más tarde fueron criticados porque podían socavar aún más una cultura ciudadana precaria y agravar el crimen violento. Para 2006 el 80% de los residentes de la ciudad capital sentía que el mantener una seguridad ciudadana en sus barrios era su responsabilidad (DANE 2003).

La cultura ciudadana ha sido implementada en otros centros urbanos de Colombia como una política “exitosa” para la reducción del crimen. Mockus conformó una organización sin fines de lucro, Corpo Visionarios, que viaja a distintos lugares del país para llevar a cabo encuestas sobre su cultura ciudadanía. Corpo Visionarios tiene un modelo de encuesta disponible en su página web para que cualquier persona la pueda replicar. Por su parte, Usaid financió el programa Departamentos y Municipalidades Seguros para replicar la experiencia “exitosa” de Bogotá en cada uno de los departamentos y municipalidades del país (Acero 2005, 174). Algunas publicaciones nacionales “reflejan la cultura ciudadana como una política pública de alcance nacional” (Presidencia 2006, 3) y proponen estrategias para “consolidar” la cultura ciudadana incluyendo la difusión de estadísticas sobre violencia, aumentando la producción de conocimiento sobre la “epidemiología” de la violencia, educando a los ciudadanos en cuanto a comportamientos seguros y “factores de riesgo” que aumentan la probabilidad de convertirse en víctimas de la violencia. Además alientan a los ciudadanos a cooperar con las autoridades cuando se trata de prevenir y denunciar

crímenes (Presidencia 2006, 5 y 16). El presidente Samper (1994-1998) lanzó el Programa Presidencial para la Coexistencia y la Seguridad Ciudadana en agosto 1995, justamente cuando Mockus asumía su cargo. El programa consistía en cuatro estrategias primarias, una de las cuales era “crear ciudadanos capaces de proporcionarse su propia seguridad al participar en la cultura ciudadana”. El “salto social” de Samper se basaba en la idea de un “nuevo ciudadano”, quien pudiera resolver los conflictos pacíficamente a través de una “activa participación ciudadana” en la planeación de la seguridad y el control policial (Rivas 2005, 112). El presidente Pastrana (1998-2002) continuó en esta misma línea de acción al desarrollar la “Estrategia Nacional para la Coexistencia y la Seguridad Ciudadana”, en la que planteó las preocupaciones de seguridad de los ciudadanos como un tema que dependía de su capacidad para convivir en armonía (Rivas 2005, 113). Incluso el gobierno del presidente Uribe (2002-2006; 2006-2010), cuya política de seguridad democrática se basó en la represión militar y policial, incorporó componentes de la cultura ciudadana. Uribe puso énfasis en los ‘ciudadanos solidarios’, quienes colaboran activamente y participan en los controles policiales comunitarios, la justicia y la prevención del crimen. La construcción de ciudadanía constituía una de las cuatro estrategias propuestas para la creación de una sociedad de “ciudadanos libres y responsables” (Presidencia 2006, VI; Rivas 2005, 115). En octubre de 2014, el presidente Juan Manuel Santos asistió a la Conferencia Internacional de Cultura Ciudadana: Cultura y Construcción de Paz en Bogotá. El evento fue organizado por Mockus y buscó ilustrar la manera en la que la cultura ciudadana podía ser útil para poner fin al conflicto interno armado y establecer la paz en el post-conflicto. Según Santos, los colombianos necesitan un ‘antídoto’ contra la violencia: “Tenemos que ser realistas; la mayor parte de muertes violentas y perjuicios que sufren los colombianos, no son causados por el conflicto armado ni tampoco por el crimen organizado, sino por disputas y confrontaciones en nuestros propios barrios” (citado en *El Tiempo*, 2014).

Las iniciativas de cultura ciudadana se han exportado también a otros países. Los planificadores urbanos y responsables de políticas en otros centros urbanos importantes que afrontan elevados niveles de crímenes violentos han tomado nota de los reputados avances vistos en Bogotá. Consultores y académicos de renombrados institutos de investigación y política tales como Inter-American Dialogue han recomendado que los responsables de políticas en ciudades tan diversas como Rio de Janeiro y San Salvador se basen en la experiencia y experticia de Bogotá en su lucha contra el crimen, para que la repliquen en sus propias ciudades.

Ciudades a lo largo del hemisferio, han visto a la cultura como un medio para reducir el crimen. Los académicos han jugado un papel clave como expositores en conferencias internacionales en las que han alabado el proceso bogotano y lo han presentado como un modelo de mejores prácticas a seguir. El Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD) lleva a cabo seminarios internacionales sobre

cultura ciudadana para que representantes de Bogotá puedan enseñar a representantes de otras ciudades plagadas por crímenes, cómo implementar la política. El antiguo alcalde Enrique Peñalosa pasa la mayor parte de su tiempo viajando, impartiendo charlas y asesorando como consultor sobre sus experiencias como alcalde de Bogotá y en cómo orquestar una revolución urbana. El Banco Interamericano de Desarrollo tiene un programa de seguridad ciudadana y justicia que ha financiado siete distintos proyectos en Colombia, cuenta con un miembro colombiano como parte de su personal permanente y reúne a responsables de políticas regionales para conferencias, talleres y publicaciones.

El Programa de Cultura de Paz y No Violencia de la Unesco también ha facilitado la difusión del uso de la cultura para la lucha contra el crimen. Representantes de Bogotá se unieron a participantes de 24 países en la “Cumbre para Ciudades Creativas” en Beijing en el 2013. En El Salvador, el PNUD ha auspiciado numerosos talleres y publicaciones en los cuales han contribuido expertos colombianos en cultura ciudadana. El Wilson Center en Washington DC ha acogido una serie de eventos sobre iniciativas ‘exitosas’ de seguridad ciudadana en Bogotá y en Medellín, para explorar la posibilidad de que estas puedan ser replicadas.

No obstante, también son muchos los académicos que están en desacuerdo con la idea de que cultura ciudadana haya reducido las tasas de crímenes violentos en Bogotá. A pesar de que la ciudad ha visto una reducción importante de crímenes violentos en la última década, las tasas de criminalidad continúan siendo problemáticamente altas (Acero 2010) y ningún estudio ha establecido una relación causal entre cultura ciudadana y tasas de criminalidad. Numerosos académicos de prestigiosas universidades de investigación arguyen que la cultura ciudadana hace muy poco para contribuir a la reducción del crimen y la violencia, argumentan también que la cultura ciudadana es responsable por el 22% del descenso en la criminalidad como máximo, mientras que a las reformas dentro de la Policía y a las tendencias nacionales que involucran a redes criminales se les atribuye el resto (Llorente et al. 2001a, 2001b; Rivas 2005; Sánchez et al. 2003). Estos estudios indican que las únicas políticas municipales que han afectado las tasas de criminalidad en las últimas dos décadas han sido coercitivas, no pedagógicas. Han sido restricciones en la venta y en el consumo de alcohol, así como el desarme obligatorio en días festivos (Llorente et al. 2001, 17-28). La Policía, y no los ciudadanos, jugó un rol central en estas políticas, al detener, multar y arrestar a conductores ebrios, al monitorear la venta de alcohol después de la una de la mañana y al abordar a personas sospechosas tanto en vehículos como a pie por tenencia ilegal de armas (Mockus 2001, 21). Estos académicos señalan que a la cultura ciudadana se le puede atribuir tres mitos sobre la violencia en Colombia: 1) que es “generalizada”, 2) que deriva “de manera impulsiva” de disputas, 3) que es causada por la pobreza, la exclusión sociopolítica, la marginalización, la urbanización y otras causas “objetivas” (Llorente et al. 2001).

Sin embargo, la violencia en Bogotá, no es generalizada, sino extremadamente concentrada en tres pequeñas zonas geográficas de la ciudad. Además, aproximadamente el 70% de la violencia es política, instrumental y extremadamente selectiva en su naturaleza. La reducción de homicidios en Bogotá desde 1993 fue generada por: 1) el aumento de arrestos realizados en Bogotá por parte de la fuerza policial, lo que representó en sí, el 50% de la caída de homicidios, 2) factores políticos externos que pusieron fin al asedio de la ciudad por parte de carteles de droga, 3) la completa aniquilación de partidos políticos que amenazaban la distribución de poder y la subsiguiente reducción de la actividad paramilitar (Sánchez 2003). A pesar de que la cultura ciudadana puede ser muy valiosa por muchas razones, el argumento de que la cultura ciudadana reduce la violencia es una “conclusión simplista” (Llorente et al. 2001, 17-28).

Conclusión

En un contexto de niveles extremadamente altos de violencia por parte de narco-terroristas, escuadrones paramilitares de la muerte, guerrilleros insurgentes que buscan derrocar al estado, podría parecer casi irrisorio el apuntalar una política de seguridad dirigida a acciones aparentemente benignas, tales como el cruzar una calle por el paso peatonal o pagar impuestos. Estos actos mundanos son, sin embargo, exactamente el enfoque de la cultura ciudadana. Es aún más sorprendente el éxito de esta política para relegitimar al estado a pesar de la violencia continua. La cultura ciudadana es exitosa porque le permite al estado continuar gobernando a pesar de los enormes inconvenientes que enfrenta, a través de dos mecanismos clave: 1) la rápida construcción de instituciones estatales y de políticas que copan el espacio físico y simbólico 2) la educación de ciudadanos para que aprendan a ser participantes activos al momento de proporcionar servicios que deberían tradicionalmente provenir del estado tales como la seguridad y la justicia. El estado constituyó su propio poder al inundar el espacio público con símbolos y espectáculos de cultura ciudadana, ofreciendo fórmulas para un discurso público y una conducta aceptables, a pesar de dejar fuera interpretaciones alternativas y disidencias (Wedeen 1999). A través de estos esfuerzos pedagógicos formales e informales, el estado enseñó a los habitantes a convertirse en participantes activos en temas de provisión de seguridad. La utilización de la pedagogía en temas de ciudadanía sirvió para crear ciudadanos autogobernados que asumen de manera voluntaria la responsabilidad de la provisión de bienes públicos. Esto coincidió con procesos simultáneos e interconectados de democratización y neoliberalización en Latinoamérica como una manera única de gobernanza que emplea técnicas de autoestima, empoderamiento, consulta y negociación para crear ciudadanos-sujetos autogobernados que participan de manera activa en la política

al sumar su propia ‘voz’ (Dean 1999, 168; Hale 2006; Schild 2000; Dagnino 2004; Foucault 1991; Hunt 2009).

La cultura ciudadana parte de una renuncia explícita del estado a su capacidad de monopolizar la coerción, para sostener, en cambio, que el crimen y la violencia son artefactos ‘culturales’ que el estado es incapaz de controlar en presencia de una cultura de violencia existente. La cultura ciudadana, por tanto, se basa en teorías de capital social para justificar sus esfuerzos de reducir el crimen y la violencia al exhortar a una revolución cultural a través de la educación. Esta maniobra ha engendrado una nueva mirada fundamental a la relación entre el estado y la sociedad, de modo que los ciudadanos ya no exigen la provisión de seguridad de parte del estado sino que ven en sí mismos tanto los orígenes como las soluciones para acabar con la violencia. El estado por tanto atribuye todo crimen y violencia a la cultura, y renuncia a su responsabilidad de provisión de seguridad y enfatiza en cambio su rol como educador. La violencia entendida ahora como un problema cultural y no político puede ser mejor manejado por los propios ciudadanos (Presidencia de la República 1997, 17; Guerrero 1998, 97-101; Correa 1994, 18). Si, efectivamente, el estado moderno surgió de su capacidad superior para gravar y monopolizar la coerción, necesitamos más descripciones exactas del “cambio de ideas de normalidad, de orden, de autoridad inteligible y otros idiomas del estado” (Hansen y Stepputat 2001, 9). Se necesitan más estudios para comprender bajo qué contextos los estados puede revocar en parte o enteramente su monopolio sobre la violencia y aún mantener su legitimidad. Considerando que la formación del ciudadano y del estado está vinculada inherentemente a un proceso continuo que es tanto ‘iterativo como controvertido’, la producción activa de ciudadanos es el proyecto político permanente del estado, por este motivo, el estudiar aquella relación evolutiva debería ser un objetivo primordial de las ciencias sociales (Joseph y Nugent 1994; Mitchell 1991).

Bibliografía

- Acero Álvarez, Andrea del Pilar. 2010. *Descripción del Comportamiento del Homicidio*. Bogotá: Instituto Nacional de Medicina Legal.
- Acero, Hugo. 2009. “Como recuperar y garantizar la seguridad de los ciudadanos”. *Cadernos de Segurança Pública* 1(0): 1-19.
- _____. 2005. “Los gobiernos locales y la seguridad ciudadana”. *Seguridad urbana y Policía en Colombia*. Editado por Pablo Casas Dupuy et al. 167-234. Bogotá: Molher.
- _____. 2002. Reducción de la violencia y la delincuencia en Bogotá Colombia, 1994-2002”. *Biomédica*, 22: 362-72. doi.org/10.7705/biomedica.v22isu pp2.1184

- Abad Faciolince, Héctor et al. 2004. *Adiós a las trampas*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Ávila Martínez, Ariel Fernando. 2012. "Políticas públicas en seguridad urbana y convivencia en Bogotá". Ponencia presentada en Successful Citizen Security Initiatives in Bogotá, Medellín, y Cali, Colombia: Are They Sustainable and Replicable? Woodrow Wilson International Center for Scholars, 29 de noviembre. http://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/Ariel%20Fernando%20%C3%81vila%20Mart%C3%ADnez_paper_2013.pdf
- Alcaldía Mayor de Bogotá. 2000. *La Bogotá del tercer milenio: historia de una revolución urbana*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- _____. 2003. *Cultura ciudadana: construcción de ciudad*. Bogotá: Panamericana Formas e Impresos, SA.
- _____. 2006a. *Guía para acceder a la justicia en Bogotá*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- _____. 2006b. *Estrategias para construir ciudadanía: Memorias del abrazo amarillo 2004-2005*. Bogotá: Imprenta Distrital.
- Arias, Enrique Desmond y Daniel M. Goldstein, eds. 2010. *Violent Democracies in Latin America*. Durham: Duke University Press. doi.org/10.1215/9780822392033-001
- Bogotá cómo Vamos. 2013. "Encuesta de Percepción", acceso 5 abril 2015. <http://www.bogotacomovamos.org>
- Burchell, Graham, Colin Gordon y Peter Miller. 1991. *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*. Chicago: University of Chicago Press. doi.org/10.2307/2075812
- Caldeira, Teresa P. R. 2000. *City of Walls: Crime, Segregation, and Citizenship in São Paulo*. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press.
- Casa Dupuy, Pablo, Sandro Calvani y Stefan Liller. 2006. *Violence, Crime and Illegal Arms Trafficking in Colombia*. United Nations Office on Drugs and Crime.
- Cepeda Ulloa, Fernando. 2003. "Colombia: The Governability Crisis". *Constructing Democratic Governance in Latin America, Second Edition*, editado por Jorge I. Domínguez y Michael Shifter. Baltimore: Johns Hopkins University Press. doi.org/10.2307/40203916
- Coronil, Fernando. 1997. *The Magical State: Nature, Money, and Modernity in Venezuela*. Chicago: The University of Chicago Press. doi.org/10.1177/0308275x9801800405
- Dagnino, Evelina. 2004. "Confluencia perversa, desplazamientos de sentido, crise discursiva". *La cultura en las crisis latinoamericanas*, compilado por Alejandro Grimson, 195-216. Buenos Aires: Clacso.
- Das, Veena y Deborah Poole, eds. 2004. *Anthropology in the Margins of the State*. Santa Fe: School of American Research Press.
- Davis, Diane E. y Anthony W. Pereira, eds. 2003. *Irregular Armed Forces and their Role in Politics and State Formation*. Cambridge: Cambridge University Press. doi.org/10.1017/cbo9780511510038.001

- Dean, Mitchell. 1999. *Governmentality: Power and Rule in Modern Society*. London: Sage Publications.
- DANE (Departamento Administrativo Nacional de Estadística). 2003. *Encuesta de Calidad de Vida: Bogotá y localidades*.
- Derrida, Jaques. 1976. "The Violence of the Letter: From Levi-Strauss to Rousseau". *Of Grammatology*, 101-140. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Foucault, Michel. 1991. "Governmentality". *The Foucault Effect: Studies*, editado por Graham Burchell, Colin Gordon y Peter Miller, 87-104. Chicago: University of Chicago Press. doi.org/10.7208/chicago/9780226028811.001.0001
- Goldstein, Daniel. 2004. *The Spectacular City: Violence and Performance in Urban Bolivia*. Durham: Duke University Press. doi.org/10.1215/9780822386018-006
- González, Fernán E, Ingrid J. Bolívar y Teófilo Vázquez. 2003. *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá: Cinep y Ediciones Antropos Ltda.
- Guerrero, Rodrigo. 1998. "Epidemiology of Violence in the Americas: The Case of Colombia". World Bank Latin American and Caribbean Studies Proceedings [1996]: *Annual World Bank Conference on Development in Latin America and the Caribbean: Poverty and Inequality*, editado por Shahid Javed Burki, Sri-Ram Aiyer y Rudolf Hommes, 95-100. Washington, DC: The World Bank.
- Gupta, Akhil. 1995. "Blurred Boundaries: The Discourse of Corruption, the Culture of Politics, and the Imagined State". *American Ethnologist* 22(2): 375-402 doi.org/10.1525/ae.1995.22.2.02a00090
- Hale, Charles. 2006. *More than an Indian: Racial Ambivalence and Neoliberal Multiculturalism in Guatemala*. Santa Fe: School of American Research Press.
- Hansen, Thomas Blom y Finn Stepputat, eds. 2001. *States of Imagination: Ethnographic Explorations of the Postcolonial State*. Durham: Duke University Press. doi.org/10.1215/9780822381273
- _____. 2006. *Sovereign Bodies: Citizens, Migrants, and States in the Postcolonial World*. Princeton: Princeton University Press. doi.org/10.1515/9781400826698
- Herrera, Martha Cecilia, Alexis V. Pinilla Díaz, Raúl Infante Acevedo, y Carlos J. Díaz Soler. 2005. *La construcción de cultura política en Colombia: Proyectos hegemónicos y resistencias culturales*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, Domardhi Ltda.
- Hunt, Stacey. 2009. "Citizenship's Place: The State's Creation of Public Space and Street Vendor's Culture of Informality in Bogotá, Colombia". *Planning and Environment D: Society and Space*. 27(2): 331-351. doi.org/10.1068/d1806
- Corzo, Jimmy. Informe Final 2001-2003. "Dimensiones de la cultura ciudadana en Bogotá." Convenio Interadministrativo No. 213. IDCT-Universidad Nacional.
- Joseph, Gilbert M., y David Nugent. 1994. *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*. Durham: Duke University Press.

- Kline, Harvey. 1999. *State Building and Conflict Resolution in Colombia, 1986-1994*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- Llorente, María Victoria, Rodolfo Escobedo, Camilo Echandía Castilla y Mauricio Rubio. 2001a. "Violencia Homicida y Estructuras Criminales en Bogotá, Colombia". *Análisis Político* 44: 10-20.
- _____. 2001b. "Violencia homicida en Bogotá: Más que intolerancia". Bogotá: CEDE.
- Malaver, Carol. 2012. "Bogotanos enterraron en una década la cultura ciudadana de Mockus." *El Tiempo*, 16 septiembre.
- Martin, Gerard y Miguel Ceballos. 2004. *Bogotá: Anatomía de una transformación: Políticas de seguridad ciudadana 1995-2003*. Bogota: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Migdal, Joel. 2001. *State in Society: Studying How States and Societies Transform and Constitute One Another*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Miller, Peter. 2001. "Governing By Numbers: Why Calculative Practices Matter". *Social Sciences* 68 (2): 379-396.
- Mitchell, Timothy. 1991. "The Limits of the State: Beyond Statist Approaches and their Critics" *American Political Science Review* 85 (1): 77-96. doi.org/10.2307/1962879
- Mockus, Antanas. 2001. *Cultura ciudadana, programa contra la violencia en Santa Fe de Bogotá, Colombia. 1995-1997*. Washington, DC: InterAmerican Development Bank.
- Montenegro, Armando y Carlos Esteban Posada. 2001. *La violencia en Colombia*. Bogotá: Alfaomega.
- O'Neill, Kevin Lewis y Kedron Thomas, eds. 2011. *Securing the City: Neoliberalism, Space, and Insecurity in Postwar Guatemala*. Durham: Duke University Press. doi.org/10.1215/9780822393924
- Oquist, Paul. 1980. *Violence, Conflict, and Politics in Colombia*. New York: Academic Press.
- Pécaut, Daniel. 2001. *Guerra Contra la Sociedad*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Pécaut, Daniel et al. 2004. *Dimensiones territoriales de la guerra y la paz*. 2004. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Peñalosa, Enrique. 2003. *Enrique Peñalosa Londoño: Alcalde mayor de la ciudad de Bogotá 1998-2001, 2da edición*. Caracas: Fundación Para La Cultura Urbana
- Presidencia de la Republica y Departamento Nacional de Planeación. 2006. 2019 Visión Colombia II Centenario: Fomentar la cultura ciudadana. Bogotá: Panamericana Formas e Impresos.
- Putnam, Robert D. 2000. "Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community". *Choice Review Online*. New York: Simon and Schuster. doi.org/10.5860/choice.38-2454

- _____. 1993. *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- Richani, Nazih. 2002. "Systems of Violence: The Political Economy of War and Peace in Colombia". *Choice Review Online*. Nueva York: State University of New York Press. doi.org/10.5860/choice.40-2435
- Rivas Gamboa, Ángela. 2005. "Una década de políticas de seguridad ciudadana en Colombia". *Seguridad urbana y policía en Colombia*, editado por Pablo, Casas Dupuy et al. 81-166. Bogotá: Molher.
- Rodríguez, César A., Mauricio García-Villegas, Rodrigo Uprimny, 2003. "Justice and Society in Colombia: A Sociological Analysis of Colombian Courts". *Legal Culture in the Age of Globalization*. 134-183. Stanford: Stanford University Press.
- Sanchez, Fabio, Silvia Espinosa y Angela Rivas. 2003 "¿Garrote o zanahoria? Factores asociados a la disminución de la violencia homicida y el crimen en Bogotá, 1993-2002". Bogotá: CEDE.
- Santos, Boaventura de Sousa, García Villegas M, eds. 2001. *El caleidoscopio de las justicias en Colombia*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Sáenz Obregón, Javier. 2004. *Cultura Ciudadana y pedagogización de la práctica estatal*. Alcaldía Mayor de Bogotá: Servigraphic Ltda.
- Schild, Veronica. 2000. "Neo-liberalism's New Gendered Market Citizens: The 'Civilizing' Dimension of Social Programmes in Chile". *Citizenship Studies*. 4 (3): 275-305. doi.org/10.1080/713658800
- Skocpol, Theda. 1985. "Bringing the State Back In: Strategies of Analysis in Current Research". *Bringing the State Back In*, editado por Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer, Theda Skocpol. 3-38. Cambridge: Cambridge University Press. doi.org/10.1017/cbo9780511628283.002
- Tilly, Charles. 1985. "War Making and State Making as Organized Crime". *Bringing the State Back In*, editado por Evans, Rueschemeyer y Theda Skocpol, 169-187. Cambridge: Cambridge University Press. doi.org/10.1017/cbo9780511628283.008
- Wood, Elisabeth Jean. 2006. "The Ethical Challenges of Field Research in Conflict Zones". *Qualitative Sociology*, 29: 373-386.
- Wedeer, Lisa. 1999. *Ambiguities of Domination: Politics, Rhetoric, and Symbols in Contemporary Syria*. Chicago: University of Chicago Press. doi.org/10.1007/s11133-006-9027-8
- Yúdice, George. 2004. *The Expediency of Culture: Uses of Culture in the Global Era*. Durham: Duke University Press. doi.org/10.1215/9780822385370-002